

31 de diciembre

Por michelle

Cuando era pequeña, recuerdo que no me gustaba el último día del año porque mi madre, hecha una princesa, después de la cena, volaba al mundo, sin mí.

La puerta se cerraba y ya era hora de ir a dormir.

En mi adolescencia, perdí a mi compañera, mi preciosa perra, entre la gente que pasaba sin cesar. Nos habíamos fugado de casa. Se me encogió el alma, y entonces la encontré. Qué alegría, qué alivio.

Pasada la noche que acechaba, llena de peligros, combatiendo el frío amargo, juntas, vimos cómo unos trabajadores se llevaban el cuerpo de nuestro amigo de la esquina, el viejo vagabundo que me dijo que el frío estaba sólo en mi mente.

Y tenía razón, y al tiempo, no la tenía.

Cuando era una mujer joven, recuerdo un 31 en el que me quedé dormida.

La gente ya se había tomado las uvas y los fuegos artificiales habían terminado.

Me desperté, abandoné las sábanas de escarcha de mi buhardilla sin agua, sin baño, sin luz, sin cocina.

Salí por el ventanuco

para sentarme en las tejas de arcilla roja

y mirar cómo subía la luz de la ciudad, como el humo. ...

Sonreía. Me sentía absolutamente feliz. Sin saberlo,

sabía disfrutar a pesar de la pobreza. Era una persona.
Pero la pobreza no era un buen lugar para vivir.

Más tarde, recuerdo una misión como pacifista,
como testiga internacional en un país en guerra.
Los trabajadores se habían encerrado en una fábrica,
y se respiraba en el ambiente: podría aparecer un escuadrón de la muerte.
Daba mucho miedo. Me aferré a la cámara,
vigilé la noche con todos mis sentidos
e hice como si no jamás pudiera ocurrir nada.
El guardia, contratado por los dueños, se emborrachó.
Vino a mí. Era tan joven.
Llevaba semanas observándonos,
cómo nos importaban las cosas,
cómo hacíamos lo que creíamos que debíamos hacer,
y no quería que yo pensara que él estaba en el lado oscuro.

Le recordé que éramos no partidistas: no veíamos el mundo
como un lugar de buenos y de malos.
No me escuchaba: tenía algo que decirme.
Si muriéndome de llanto hubiera podido hacerle callar. ...
No lo recuerdo bien... Sólo que al mirarle a los ojos vi
a sus compañeros interrogándole, que le torturarían y asesinarían,
y después que le encontraríamos, ¿es él?, sí,
en una zanja, como a todas las otras personas...
No podía soportar la idea de encontrarle en una zanja.
Por favor, se lo ruego, podrían tan sólo dejarle tendido en el suelo...
No podía soportar el dolor de saber cómo es la vida
y saber también cómo podría ser y nunca lo sería.

De algunos treintayunos recuerdo también la amistad.
pasar la noche entera en casa, saliendo de nuestros cuartos
en el piso compartido a la zona común, el salón,
para hablar, para estar ahí, juntos.

Recuerdo un 31 en el sótano de una cooperativa de vivienda en una en la metrópoli

hecha un gurrullo en la cama, leyendo "Cien años de soledad"
respirando la muerte de mi madre,
mi lucha por la libertad y la supervivencia, contra la confusión...
Recuerdo que leí más de 24 horas sin parar,
hasta terminar el libro. No había tiempo que perder.

Y un año, bajo la lluvia helada
delante de un fuego abierto, junto a una base militar.
Una mujer, de mal humor, me señalaba a una vieja furgoneta, llena de barro,
donde podría coger un aislante, una manta, un saco de dormir,
para ir después al plástico que me refugiaría de la noche.
De nuevo, estaba en un lugar, con gente, intentando cambiar el mundo,
poniendo todo mi empeño en luchar contra la violencia del mundo
y mis propios demonios. Y todo era poderoso y fresco.
Me sentí como un animal salvaje y bello en la oscuridad,
lista para levantar el sol con mis compañeras,
y así dar calor y curar este planeta herido de pesadillas.

Y hoy, miro tus ojos, tranquilos y llenos de dulzura
y no puedo creer que se trate de la misma vida, mi amor.
Sé que cuando yo estuve allí, tú ya te habías marchado.

No sé qué será
pero algo parece cierto:
el amor tuvo algo que ver.